

Philip Larkin



Ignorancia (Las bodas de Pentecostés)

Es raro no saber nada, no estar seguro
de qué es cierto o qué es justo o qué es real,
sino hablar con matices, eso creo,
o bueno, así parece:
alguien debe saberlo.

Es raro no entender como marchan las cosas,
la astucia humana para hallar lo necesario,
su sentido formal, su puntual fecundar, sí,
es raro hasta el gastar ese conocimiento,
pues la carne nos ciñe con sus propias decisiones,
y pasar sin embargo la vida en vaguedades,
que cuando comenzamos a morir
no tenemos ni idea de porqué.

Poema XVI

A la una la botella está vacía.
a las dos el libro al fin cerrado,
a las tres los amantes ya duermen
dándose la espalda
terminados el amor y su comercio,
y ahora las luminosas manecillas
indican que son más de las cuatro,
esa hora de la noche en la que los vientos errantes
agitan la oscuridad.

Y estoy harto de este insomnio,
tanto que casi puedo creerme
que el silencioso río que sale a chorros de la cueva,
no es poderoso ni profundo,
tan solo una imagen, una metáfora forzada.

Me acuesto y espero a que llegue la mañana,
y con ella los pájaros,
y los primeros pasos que bajan por la calle sin barrer,
y las voces de muchachas protegidas con bufandas.

Altos ventanales

Al ver una pareja, chico y chica, que
sin duda se acuestan, y sabiendo que ella
toma pastillas o se ha puesto diafragma,
sé que es el paraíso
que soñó cualquier viejo toda su larga vida,
todo límite y gesto triado a la cuneta igual
que una anticuada máquina de labranza,
y los chicos bajando el largo tobogán
a la felicidad, sin fin. No sé
si alguien me miraría, cuarenta años atrás,
pensando: “Así, será la vida, sin Dios ya, sin
sudar en lo oscuro por miedo del infierno
y esas cosas, y no haber de esconder
lo que piensas del cura. Él y su gente
bajarán por el largo tobogán como
pájaros libres. Pero inmediatamente
aún sin palabras, pienso en los ventanales,
el cristal que reúne el sol, y, más allá,
el profundo aire azul, que nunca enseña
nada, y no está en ningún sitio, y es infinito.